

EL BUSILIS

PERIODICO POLÍTICO QUE SABE DONDE ESTÁ

Precios de suscripción.—(Tirada especial)

BARCELONA.	PROVINCIA.	EXTRANJERO Y ULTRAMAR
Trimestre. as.	Trimestre. 3 ptas.	
Semestre..	Semestre..	Un año. . . 15 ptas.
Año.	Año.	
Tirada ordinaria, Trimestre 1'25 ps. Semestre 2'25 ptas. Un año 4'25.		

REPUBLICANO SENCILLO

DE LOS DE Á MACHA MARTILLO.

ADMINISTRACION:

Ramalleras, 27, piso 1.º, esquina á la calle de Tallers.
Despacho de 10 á 12 de la mañana.

Núms. sueltos (edición económica) en Barcelona 2 cuar.
" " " " fuera de " 0'10 pta.
" " (tirada especial) en toda España 0'25 "

ADVERTENCIA.

Los señores corresponsales recibirán de este número los mismos ejemplares que reciben ordinariamente.

Entendido que les costará el doble. Y entendido también que pueden devolver los que les sobren.

EL BUSILIS.

Dos años hace que salimos á la calle.

Nos acordamos como si fuera ahora.

Hicimos una tirada de mil ejemplares, reunimos unos cuantos chiquillos, les dimos veinte y cinco números á cada uno, y á venderlos.

Eran las cuatro de la tarde de un lunes de carnaval. A las seis volvieron. Entre todos habían vendido siete ejemplares.

¿Qué hacemos? nos digimos. El público está escarmentado de tanto gato como le hacen pasar por liebre, de modo que nos va á costar un triunfo acreditar EL BUSILIS, sobre todo saliendo sin caricatura.

Ya, desanimados, pensábamos abandonar la empresa, cuando á uno de nosotros se le ocurrió regalar al público la tirada.

Dicho y hecho. Al día siguiente hicimos repartir gratis el número-prospecto por los cafés.

El resultado fué sorprendente. Tuvimos que reimprimir el número.

Tiramos cinco mil ejemplares, que despachamos en media hora.

Como la marea, á cada nuevo BUSILIS que salía iba subiendo la venta.

El misterio en que nos envolvimos al principio, no porque tuviéramos nada que tapar, gracias á Dios, contribuyó á intrigar al público.

¿Quiénes serán? Seis ó siete números pasaron sin que nadie nos conociera, hasta que Lloas y Roca, como más interesados por la cuestión de sus dos semanarios, revelaron quiénes eran los padres de la criatura. Por cierto que más les hubiera valido que no se hubiesen metido con nosotros.

En estos dos años hemos sufrido mil contratiempos; parte que conocen ustedes y parte que ignoran.

El público nos ha seguido siempre, y esta ha sido la compensación de nuestro trabajo.

En este intervalo de tiempo hemos desenmascarado á capitalistas de pega, escritores hueros y toda clase de malvados ó tipos ridículos.

Nunca, á sabiendas, hemos atacado á personas que merezcan el aprecio público por su talento ó virtudes. Lo más que nos hemos permitido en este caso han sido inocentes bromas. En eso ha consistido nuestra popularidad.

Si las pillerías ó ridiculeces cometidas á la faz de todo el mundo, se les llama vida privada, nosotros, al atacarlas, nos hemos metido en ella.

Solo en un caso, y para provocar una cuestión personal con motivo de las injurias lanzadas contra un compañero de redacción, nos atrevimos á lanzar un verdadero ataque contra la verdadera vida privada de un individuo. Es el único que se encontrará en nuestra colección.

Hoy, que tenemos la existencia más tranquila, y que poco á poco, insensiblemente, hemos ido cambiando el modo de ser de nuestro semanario, damos preferencia á las cuestiones políticas ó de interés social, que si bien se mira son las que más perjuicios nos han traído moral y materialmente.

Esto no nos priva de así que asoma la cabeza algún tunante ó algún tipo ridículo, ó en fin, á alguien que en este sentido valga la pena, le suelte EL BUSILIS su merecido.

Y con esto no canso más, amigo lector, rogándote me dispenses si, falto de modestia, hablo hoy de mí. Esto siempre halaga, y además llena papel.

¡Hasta el año que viene!

MADRID.

Ahora resulta que el Sr. Pidal ni siquiera es orador elocuente. Sus últimas peroraciones del Parlamento han venido á demostrar que ha usufructuado aquí una reputación inmerecida. Cuando el joven ministro se sentaba en la izquierda del Congreso, frente al señor Cánovas del Castillo, los asistentes á las tribunas admiraban en el neo precitado la maravillosa verbosidad de que hacía gala, y hasta hubo algún periódico que le comparó con Aparisi y Guizarro cuando era chiquitín; pero por aquel entonces el Sr. Pidal no tenía que lucir sus dotes á diario, y se tomaba por consiguiente el tiempo preciso para improvisar sus discursos á tres meses fecha. Los deberes del banco azul le obligan actualmente á intervenir todos los días en las discusiones de la Cámara, y ¡oh desencanto! resulta que el joven levítico habla casi tan mal como su ilustre progenitor.

Los solecismos y barbarismos de que hace frecuente uso, prueban con cuánta justicia ha sido elegido académico de la Lengua. Si hubiera sabido observar los preceptos del idioma, hallárase hoy, como Perez Galdós, alejado del templo de los inmortales.

Pero adonde no alcanzan las dotes oratorias de don Alejandro, llegan su destemplanza y su acometividad nunca vistas. El único que puede hacerle la competencia en este punto, es Romero Robledo.

No habrá dos discutidores en Europa como estos dos caballeros, para quienes están de más las prescripciones del mútuo respeto y los fueros de la lógica. Oyéndolos hablar se diría que cifraban su ventura en promover tempestades y en obtener patentes de rabaneras políticas.

Parece mentira que este Pidal de ahora sea aquel mismo á quien admirábamos en las funciones religiosas de la Juventud Católica, con el escapulario al cuello, *La llave de oro* en la mano derecha y el cirio en la izquierda. Aun nos parece que fué ayer cuando le veíamos en las procesiones ejerciendo de místico, entre otros hermanos del Corazón de Jesús. Iba vestido de negro, con el sombrero de copa aprisionado entre ambas manos y estas apoyadas en el estómago; la mirada fija en el suelo, como quien busca por los adoquines la gracia divina, y el cuello rodeado de una ancha piel negra, símbolo de las desventuras de la Santa Sede, cordero sacrificado en los altares del rey de Italia. Al ver á Pidal de aquella guisa, ¿quién podría sospechar que bajo el manto de piedad y mansedumbre se ocultaba un hombre batallador é impetuoso, dado á las cosas de la tierra y á las dulzuras inefables del presupuesto?

Hoy deja todas las novenas y trisagios del mundo por un ratito de expansión pecadora en el ministerio de su mando y prefiere los pesos duros del sueldo mensual, á las indulgencias, más ó menos plenarias, que por clasificación pudieran corresponderle.

Todos los días se habla de crisis, pero los ministe-

riales sonríen con desdén. Hoy por hoy la existencia del ministerio está asegurada.

De poco sirve que el extridente Sr. León y Castillo haga retemblar el banco azul con su elocuencia Krupp y que el melifluido Sr. Moret ponga de manifiesto á los ojos del país las flagrantes injusticias cometidas por el gobierno. Hemos llegado á tal punto, en materia de abusos, que el acuchillamiento de los estudiantes, la venta del tratado, los conflictos diplomáticos y tantas otras cuestiones de carácter conservador-corrosivo, llegan á adquirir el nombre de bagatelitas entre los hombres que se precian de serios.

Para que dimitieran los ministros actuales, sería necesario que se les obligase á cursar una asignatura de decoro político y se les examinase despues; como no sabrían contestar á ninguna pregunta, perderían el curso y la cartera. De otro modo, vamos á tener conservadores para rato, por más que se figuren otra cosa los ingenuos constitucionales, herederos de la candidez progresista de nuestros apreciables mayores.

Por supuesto, la ley de las compensaciones continúa vigente, y gracias á este consuelo, hay patria todavía.

El Sr. Martos ha recibido un telegrama en que se le participa que reunidos los representantes de los comités de Cretas, Lledó y Calaceite, acordaron declararle apóstol de la democracia, tribuno sin rival y arzobispo metropolitano, todo en una pieza.

Con esta declaración de los liberales de Cretas, Lledó y Calaceite se han mitigado en parte nuestras penas y ya podremos dormir tranquilos los que consideramos perdida la libertad en España.

Ahora el Sr. Martos se pondrá el gaban de apóstol para andar por casa, y con solo saber que él está bien abrigado, ya pueden llover Pidales de bronce.

Las almas benéficas continúan dando sablazos por ahí. A la cabeza de estos espíritus puros, forma el señor Romero Robledo, que se desvive por los pobrecitos de Andalucía, si bien no ha tenido todavía ocasión de probarlo.

A él lo que le enoja es que haya comisiones encargadas de repartir donativos, porque ¡ya se vé! las comisiones llevan el socorro allí donde es más necesario y no se paran á proteger á los conservadores. Cuánto mejor sería que se llamase á los caciques de cada localidad y se les dijera:

—Mire V., D. Caralampio: aquí tiene usted cuatro mil duros para que haga usted de ellos lo que se le antoje. Solo tengo que advertirle una cosa muy interesante: no desatienda usted al clero, por la Virgen Santísima; y si hay alguna ama desnuda, cómprele usted unos refajos inmediatamente. Lo principal es que tengan buenos bajos.

Pero nada de esto sucede, y los que tenemos ideas de sumisión al poderoso y respeto á las autoridades, sufrimos interiormente al ver que hay filántropos que se fían más de una comisión cualquiera que de un ministro.

Hay otra cosa peor y es la de que los propietarios no tienen quien les recoja la aceituna. ¡Mire V. que es desgracia!

Como los pobres se ven socorridos por las comisiones—lo cual es irritante,—porque ese dinero ha debido repartirse entre los ricos—no hay quien quiera trabajar día y noche por veinte y cinco cuartos, que es el jornal fijado por los propietarios de aquellas tierras, y se da el caso de ver las aceitunas en los árboles y los pobres acurrucados en un rincón de sus chozas, llo-

rando la pérdida de sus hijos. ¡Cuánto mejor sería que en vez de llorar trabajaran día y noche en provecho de los ricos por los 25 cuartos que éstos les ofrecen generosamente!

En fin, hay propietario que en lugar de los ocho mil duros que ganaba todos los años con el aceite, solo podrá sacar ogaño unos siete mil novecientos..... ¡Y esto clama al cielo!

¡Gran éxito, gran éxito!

En el Español se ha estrenado un drama del joven y ya gentilhomme, Sr. Ortega Morejon, autor de varias odas á María Santísima y otros miembros de la familia sagrada.

Titúlase la obra *El epílogo de una culpa*, como podría titularse *Las medias sueltas de un castigo* ó *El prólogo de unos sabañones*, etc., porque si nos ponemos á hacer títulos simbólicos, no acabaríamos en un quinquenio.

Los aplausos de la noche del estreno resuenan aún en nuestros oídos; el autor fué llamado á la escena y faltó poco para que no se le declarase *ipso facto* primer lírico de la Juventud Católica y dramaturgo de casa y boca; pero á la noche siguiente, el teatro estaba casi vacío.

La mayor parte de los génios que van saliendo ahora causan el asombro de sus admiradores la noche del estreno; arrancan aplausos frenéticos al público (que no ha pagado el billete) y hallan su sepultura veinte y cuatro horas después en la contaduría del teatro.

¡*Sic transit gloria mundi!*

JUAN BALDUQUE.

MÁSCARAS.

Entré en el baile. Aburrido, después de dar cinco ó seis vueltas (no cabeza abajo), me senté en un sillón al lado de un ciudadano pacífico.

Era este señor un tipo angelical, de mucha calma, con mucha vida en la mirada; pero apático, por lo que pude coleccionar, en sumo grado.

Codeándonos mirábamos pasar las máscaras.

Una de éstas, perteneciente al género femenino, que llevaba un dominó de los que se veían años atrás en Capellanes, baile de Madrid, se acercó á mi vecino.

—¡Hola, infeliz!

—¡Hola, buena persona! ¿Todavía sigues pesando seis toneladas?

—Ahora algo más... la vida tranquila...

—¿No te has corregido?

—¡Nunca! Está en mi naturaleza. La máscara se alejó.

—Dispense V. mi curiosidad—dije á mi vecino,—¿es amiga de V. esa máscara?

—Lo fué; vivimos muchos años juntos.

—¿Y es casada?

—Sí, señor. Aquí tiene V. al marido.

Vimos llegar un hombre que parecía una mujer disfrazada.

—Ya no quiero nada contigo,—dijo á mi compañero.

—¡Si vieras el alegrón que me das! Y se ausentó.

—¿Cualquiera le tomaría por una señora?—dijo yo.

—¡Quién sabe!...

Un gitano se acercó en esto.

—¿Quieres que te la diga, melón?

Mi vecino, con la paciencia de un santo, estendióla mano y dijo:

—Dímela.

—Pues bien; tú, en mi concepto, eres de una raza degenerada; nunca llegarás á la virilidad de los hombres del Norte. Yo soy un sábio que leo en el porvenir y te tiro de las narices.

Al decir esto, el gitano apretó el *tajamar* del paciente.

—¡Déjame, que me estropees!

—Es que no mereces otra cosa. Ahora te voy á hablar en verso:

Las gracias que tú tienes no son gracias,
Y al hacerte guasón te calumniaron,
Son tantas y retantas tus desgracias
que

Ni para las llorar ojos quedaron.

Después de este desahogo se fué el gitano.

Al poco rato apareció un manolo á quien iban jaleando varios *melitares* de caballería.

—¡Hola, tipo!—dijo á mi pobre compañero. ¿Qué apostamos á que te moje la oreja?

—Moja.

—Mira... Una... dos... tres... cuatro... ¿Quieres que te moje más?

—No, gracias. Se necesita la paciencia que yo tengo para no bañer contigo el baile.

—¿Quién, tú? Si estás alicaído, si no eres sombra de lo que eras. Si no temiese faltar al público haría otra cosa contigo.

Los suyos se echaron á reír y se fueron gritándole: ¡Viva tu marecita!

Un gallego se presentó á nuestra vista.

—¿Me prestas dinero?—dijo, dirigiéndose al que estaba conmigo.

—Sí, al deber y nunca pagar. ¡Buenos cuartos me has sacado! A mi costa te has hecho millonario.

—Condenadu, todavía has de escupir más.

En esto vino uno con hábito de San Vicente de Paul, otro disfrazado de becerro, otro con la carita muy afeitada, un soldado zurdo con un tío que vendía de todo.

Tales bromas y gritos prodigaron á mi vecino, que lo atontaron.

Afortunadamente que les enseñaron un duro desde lejos y se fueron tras él.

—¡Uf!

—¿Debe estar V. mareado? No sé cómo tiene usted tanta paciencia.

—Es que soy un Juan Lanas.

Una máscara que pasaba y llevaba las orejas del tamaño de dos abanicos, le prestó una para que se diera aire.

Pasó otra máscara con barba cana y venerable y saludó á mi interlocutor con respeto.

—¿Quién es ese?

—Un hombre muy frío. Ni un huracán le menea.

—¿Y ese otro que viene disfrazado de conspirador?

—Un amigo mío, que cuando debe, no hace nada, y cuando no, sí.

En esto se acercó un hombre simpático y de grandes bigotes.

—Mi vecino le preguntó:

—¿Todavía esperamos?

—Todavía.

—Mire V. que mi paciencia se va á acabar antes que la de V. y lo sentiría.

—Cuando se marchó pregunté:

—¿Quién es?

—Un caballero completo, lleno de buena fé, calumniado por sus enemigos y entusiasta por el suelo que le vio nacer.

En esta conversación estábamos, cuando se acercó un chiquillo, hizo una morisqueta á mi compañero y soltó la carcajada.

Quise castigar tamaña irreverencia, pero mi vecino me contuvo.

Al poco rato se levantó para irse.

—Me va V. á hacer un favor,—le dije.

—Lo que V. quiera.

—¿Quién es V. que soporta tantas cosas, para canoñizarle?

El sacó de su cartera una tarjeta y me la dió.

Entonces leí:

EXCMO. SR.

PAIS ESQUILMADO

Paciencia, 95, 1.º

NOVILLADA.

Un personaje de la situación á otro.—Ya se concluye lo de los terremotos; ¿qué novillo soltamos ahora?

Con un sol esplendoroso dió principio la función en la villa de aquel oso, de aquel madroño y de Anton.

Este bizco presidía por cierto bastante mal, mas Ramón le corregía ¡qué cosa mas natural! Arma cien mil zaragatas el público en su impaciencia y quiere tirar patatas á la digna Presidencia. Pero por fin un pañuelo el hermoso monstruo agita, comienza el público anhelo y se concluye la grito.

Salió el primer animal, *Mano Negra* se llamaba;

en picas no estuvo mal, que al embestir, recargaba. Le parearon dos civiles con rehiletes mayores, entre varios proyectiles que arrojaban los señores. Tomó el estoque Oliver, se fué á la sombra á brindar, y apenas lo quiso hacer comenzó el sol á silbar. Se dirigió hácia la fiera que estaba ya alicaída y dió de mala manera una estocada caída. Después con mucho salero le dió dos puntadas altas... y aquí se acabó el primero, perdonad sus muchas faltas.

El público grita á coro, el monstruo agita el pañuelo, pero nunca sale el toro; ¿si nos darán un camelo? Va á la puerta del toril. Romerito hecho un chiquillo, larga una capa gentil y sale al punto el novillo.

Su nombre: *Conspiración*; la cuerna muy apretada, negro, bragado, liston, mas sin poder y sin nada. El alférez Miguel Perez con él hizo un disparate... ¡Señores, valiente alférez para comer con tomate! Unos *chiftis* le picaron en la parte posterior y otros *chiftis* lo parearon y no lo hicieron mejor. Entonces saltando al ruedo rodeau de policía el señor Paco Romero con mucha de valentía, frente al torete se para, da tres pases de cajón y, aunque volviendo la cara, lo mata de un bofetón.

Pitos. El público brama, D. Antonio se acelera, le da un desmayo á una dama y la socorre un hortera. Caen bancos al redonde, suenan cien mil bofetadas, hay gritos de ¡muera aquél y hasta va á ver puñaladas. En esto se abre el chiquero, y casi instantáneamente salta á la arena el tercero y se apacigua la gente.

El cólera, morbo asiático de más pies que se conoce, de sentido, muy línfático, sin educación ni roce. Tomó del doctor Lucientes, como quien no toma nada, tres varas no muy decentes y otras cuatro de Taboada. El gran Bosch y Fustigueras quebró cual quiebra el gobierno, teniendo sus posaderas visitadas por el cuerno. Con ademan displicente, sin alardes de boquera, toma los trastos Vicente y se dirige á la fiera. Le da de pases la mar, estocadas... no se diga, bajonazos medio par y le pinchó la barriga. Hasta que entré el ruido inmenso del público, aquel veletó solo para darse un pienso, se retiró al Lazareto.

Una grito del demonio, cual no se vio ni se vé; voces de ¡Fuera ese Antonio! y de ¡No lo entiende usted! La presidencia apurada, Ramon sin saber qué hacer, la guarnición preparada ¿qué es lo que va á suceder? Hasta que la Providencia,

que es canovista también,
á la pobre Presidencia
la sacó de ese belén.
Porque calmó el alboroto
al pobre público dando
el torete *Terremoto*,
que es el que se está lidiando.

EL CHATO.

HISTORIA PICARESCA DE UN TUNANTE.

¡Qué grandes son las desigualdades que la naturaleza establece entre los humanos! ¡Ahí tienen ustedes al *Chato*! Si la suerte, al nacer, le hubiera favorecido con un buen número, le veríamos figurando en la alta banca, ó en la política, ó en la aristocracia. La fatalidad hizo que naciese de padres pobres, pero honrados, como *Cartouche*, *Candelas*, *José María* y otros héroes populares.

Griado entre los mimos y regalos de sus adorados papás, traducidos casi siempre en sendos pescozones, el *Chato* cobró desde la más temprana edad un odio injustificable á los que le dieron el sér. ¡Odio de filósofo! Le pidieron por ventura permiso para echarle á este mundo?

También es cierto que la grosería de *Anestasio*, que este es el autor de la obra, es decir, el padre del *Chato*, contribuía con su pesada mano y sus borracheras continuas á la mala educación de aquel fruto de las entrañas de *Auducigis*—la madre.

Anestasio y su señora estaban ocupados generalmente fuera de casa; él en el muelle aguardando pacientemente trabajo, y ella en la fábrica de cigarros dando forma agradable á ese veneno nacional que llaman *puros*, sin que hasta ahora se haya podido explicar satisfactoriamente la causa de esta denominación, pues á veces se suele encontrar dentro de ellos lápices, cabellos, virutas, paja, trigo, trozos de manzana, etcétera, etc., todo lo cual está reñido con el aseo y pureza de los tales cigarros.

Pues, como decíamos, ella era cigarrera y él, *coracero*, que con este bélico nombre designan á los cargadores de sacos de harina en Santander.

Constantemente atareados, no podían estos amorosos padres velar por la educación de su vástago, y éste vivía en la mayor independencia, sin asistir á la escuela, jugando por esas calles y haciendo mil travesuras que le dieron pronta é imperecedera fama entre los granujas de su ralea.

El *Chato* era listo. Ninguno mejor que él sabía robar fruta en la plaza, *afanar* hierro viejo de los barcos y desbalijar las puertas de las tiendas... ¡Qué manos! ¡Aquello era una bendición! Y luego... mentirosos! ¡Ah! lo que es á mentir no le ganaba nadie!

¡Un día jera sábado! día nefasto, por ser de cobro, para el Sr. *Anestasio*, y por consecuencia de libaciones, y por resultado, de bofetadas para nuestro héroe... un sábado, repetimos, llegó el padre á medios pelos, y aun á pelos enteros, y se topó con un vecino que se quejaba de la falta de una peseta.

A cualquiera le puede faltar una peseta, pero en aquella vecindad ya era axiomático aquello de que «todo lo que se perdía, se lo solía encontrar el *Chato*».

Este negó el hecho con la mayor impudencia, al parecer; su padre se amoscó y le administró de palos con la mayor frescura.

¡Y el *Chato* tenía razón! La peseta no la había robado él, no por falta de ganas, no señor, sino porque ignoraba por completo su existencia. El vecino había sido *mistificado* por su propio hijo, digno compañero del hijo de *Anestasio*.

Nada revuelve tanto el coraje como una injusticia. Ramón, que así se llamaba el *Chato*, resolvió vengarse.

Esperó el lunes siguiente, y huyó de casa llevándose distraídamente todo cuanto pudo y le cupo en los bolsillos, amen de tres duros en pesetas que encontró acumulados en un arcón: ¡los ahorros de aquella interesante familia!

Llegó al muelle y un marinero lo enganchó de *motil* en la *Virgen Purísima*, que de un día á otro debía darse á la vela para Barcelona.

Salió, por fin, el buque del puerto de Santander y Ramón se consideró libre.

Ahí lo tienen ustedes en alta mar, sufriendo las delicias del mareo...

Así estuvo dos días. Cuando volvió en sí y buscó los tres duros junto con lo que había sacado de su casa, no encontró nada. Su protector, el marinero *Pera*, hombre aprovechado, se lo había *afanado* todo.

Él lloró, protestó, renegó y se desesperó, pero le hicieron callar á fuerza de golpes. Así es el mundo.

Navegando con buen tiempo y sin el menor obstá-

culo, llegó por fin la *Virgen Purísima* á Barcelona.

Lo que nuestro hijo pródigo había sufrido durante la travesía, no es para dicho. Baste saber que hizo el firme propósito de tomar tierra así que pudiese, y no volver á navegar por el líquido elemento aunque lo emplumasen.

¡Ya se halla por fin en Barcelona! ¡Vastísimo campo donde se pueden desarrollar sus ingénitas facultades!

Saltó á tierra, con pretexto de acompañar al capitán, y una vez que éste se hubo ido, abandonó aquel el bote á la voluntad de la Providencia, y se lanzó calle adelante por la *Barceloneta*.

Entró después en Barcelona con la boca entreabierta, admirándose de todo, contemplando con dulce éxtasis los escaparates de las tiendas... ¡sobre todo los de la *Platería*!

Sin embargo, un estremecimiento recorrió todos los ámbitos del bipédo sér el *Chato* al considerar que se hallaba en una gran ciudad sin dinero, sin parientes, sin amigos... Pero á los dos minutos de reflexión no se le importó un bledo. ¿No tenía á su alcance aquellos sublimes manos que eran todo un capital?

Confiado en sus recursos, llegó Ramón á la *Rambla* con un apetito de cesante... ¿Qué hacer? ¿robar un reloj? ¿distraer alguna pieza de paño de sobre el mostrador de una tienda? ¿entrar en cualquier taberna á aplacar esa primera necesidad que se llama hambre, aun á riesgo de no tener con que pagar? Perplejo se hallaba en sus cavilaciones, cuando acertó (¡mal acierto!) á pasar un caballero que dejaba colgar la punta del pañuelo del bolsillo de la levita.

—¡Ya tengo almuerzo!—murmuró el *Chato*; y con una destreza, digna de mejor causa, cogió el pañuelo de la punta, y llamó á sí (digámoslo de esta manera) toda la pieza, que era de batista.

En seguida se dirigió á una casa de préstamos á empeñar el objeto. ¡Treinta reales le dieron por él! Una fortuna completa para un hombre sóbrio.

Inmediatamente se encaminó á una taberna, donde pidió callos, bacalao y otros platos escogidos. No bebió champagne por ignorar que tal vino existiese en el mundo. Si no es capaz de pedirlo, aun á riesgo de ofuscar y volver tarumba al tabernero.

Después de bien comido y bien bebido, salió nuestro hombre á recorrer la población y á tantear un golpe... si le dejaban.

Rambla arriba, *Rambla* abajo se paseaba, cuando, al dirigir la vista á un grupo que estaba mirando el anuncio de Escuder, el fabricante de máquinas de coser, vió un granuja de su mismo pelaje y catadura, ó para hablar más á la moderna, de sus mismas circunstancias, que, con la mayor destreza, procuraba sacar el porta-monedas á un bobalicon que estaba como encantado.

¡Este es de los míos! dijo el *Chato*.

Y le dejó hacer, sin distraerle en lo más mínimo.

Cuando su correligionario hubo llevado á buen fin la operación, nuestro jóven se acercó entusiasmado, y echándole los brazos al cuello exclamó:

—¡Oh, deja que te estreche contra mi corazón: tú eres mi maestro; tu destreza está quince codos más alta que la mía... ¡Un abrazo! ¡otro!... y llévame contigo. Desde hoy te nombro mi Mentor ¡y ya verás si sacas un discípulo aprovechado!

El otro se hacía el tonto, y daba á entender que no sabía de lo que le quería hablar.

—Es inútil que disimules—dijo el *Chato*—somos de la misma profesión!

Una vez lanzados en el camino de las expansiones, el *Chato* y el *Picadillo* (así le llamaban los suyos) hicieron las mejores migas del mundo.

Este último quedó en presentar al primero á una escogida sociedad, de la cual era el último de los miembros. ¡Qué modestia!

Se cogieron del brazo y se encaminaron hácia un cafetín á remojar la palabra. ¡Ya se vél hacia un calor tan sofocante!...

La entrada de *Picadillo* en el café fué saludada con indescriptible júbilo por media docena de tunantes, hijos de las mejores familias... del merodeo. No quemaron fuegos artificiales porque no los tenían, y además por no llamar la atención. Todos eran enemigos del ruido público, y si les gustaba explayarse era entre gente de su confianza.

Picadillo presentó el *Chato* á aquella brillante pléyade de presidiarios en agraz, y les dijo:

—Señores, teneis delante un pipiolo que está lleno de buenos deseos y de una intuición admirable. Le encontrareis, tal vez, algo corto, porque es de aquellos que se sienten tamaños delante de nuestros primeros tomadores; no hagais caso; es un compañero que honrará á la asociación. Le he hablado detenidamente, me ha contado su historia, y he simpatizado desde luego con su candor mezclado de truanería.

Y volviéndose el *Picadillo* al *Chato*, le fué nombran-

do á los de la reunión, ponderando sus cualidades y relevantes prendas en esta forma:

—Aquí tienes á *Mameluco*; no le juzgues por las apariencias; te parecerá flaco, pequeño, feo, repugnante é indigno de una *escupitinada* de un hombre; te llevarás chasco. Nadie le gana á correr después de haber hurtado (nosotros decimos *afanado*) una prenda. No se ha dado caso de haber sido preso una sola vez con las manos en la masa; ha sido siempre antes. Tan cierto es aquello de que hay envidiosos que no pueden ver que uno se gane honradamente la vida! Este que parece un señorito, es la *Tenacilla*. Gran visitador de iglesias, y peregrino asiduo á todas las procesiones de todos los santuarios habidos y por haber. Yo creo que lo hemos de canonizar con el tiempo, porque tanto es su apego á las cosas santas que, hoy en día, si le ves algo cariacontecido es porque hace mes y medio que tiene puestos los ojos en un copon y unas alhajas de la iglesia N... N... ¡Y harto será que no llegue á estrecharlas amorosamente entre sus brazos! Si algún hombre es digno de entrar en el reino de los cielos, es sin disputa *Tenacilla*... ó no hay justicia en la tierra. Este que ves bizco y bastante mal acondicionado, es el *timador* número uno de la población. Si le registras los bolsillos, amen de un *flamenco* de regulares dimensiones, le hallarás cuatro ó cinco cartuchos de onzas... de plomo. Se llama *Mal mirar* y con esto está dicho todo. ¡Quítate el sombrero, Chaaaato, porque vas á ver á nuestro digno jefe. Ahí le tienes, respondiendo al nombre de *Arrambla con-todo*; flaco, alto, picado de viruelas, de tal modo que si en cada agujero se le metiera un reloj de los que ha *afanado*, le faltaría todavía un millar de cabidades. Respétale y obedécele como le respetamos y obedecemos todos nosotros, porque es una persona que á su edad reúne cuantos conocimientos artísticos se pueden apetecer. Está además muy bien relacionado y siempre nossaca de los mayores apuros.

Y á este tenor fué ponderando á los que componían la reunión, que eran, además de los citados, los siguientes: *El Otel*, porque era excesivamente celoso... de los bienes ajenos; *Bainepin*, cuya etimología, por lo que respecta al nombre, se pierde en la noche de los tiempos, y *D. Fernando*, hombre aristocrático que se dedicaba exclusivamente á desenterrar tesoros.

Una vez hecho conocimiento, se brindó por el recién llegado varias veces, y se gastaron en aquel *gaudeamus* improvisado nada menos que 45 reales que *Arrambla con-todo* quiso que nadie pagase á no ser él, pues deseaba hacer los honores al recién enganchado.

Después que todos hubieron bien bebido, se fué cada cual á sus ordinarias ocupaciones, porque todos seguían picarescamente á la letra el precepto del Evangelio que dice: «ganarás el pan con el sudor de tu frente.»

El *Chato* salió con su amigo *Picadillo*, ambos dispuestos á trabajar en lo que saliese; á *destajo* en los terrados sino encontraban otra ocupación más productiva; pues así se llama el trabajo á jornal verificado por estos *perdis*. Consiste este en ganarse diez reales diarios que la sociedad *El Relámpago* tiene asignados á todos los que pillan la ropa puesta á secar en los terrados, roben ó no.

El *Chato*, con su pareja *Picadillo*—porque hay que advertir que esta familia trabaja por parejas, como los bueyes—salieron á reconocer calles con la más dañada intención del mundo.

Se pararon en la calle de la Boquería, é hicieron *noche*, siendo las cuatro de la tarde, una pieza de tela, tres pañuelos y cinco pares y medio de calcetines. ¡Un calcetín, uno solo les faltó para media docena!

A deshora se reunieron con la banda, y allí se mostró cuanto se había *afanado* en la tarde de aquel día.

D. Fernando, el apático *D. Fernando*, llegó acompañado de un pernil entero, tres salchichones y un queso de bola. Todo ello *hecho* en una tienda de comestibles.

Bainepin no aportó al fondo comun mas que una bolsa con diez y nueve cuartos que le regaló, sin apercibirse de ello, un payés.

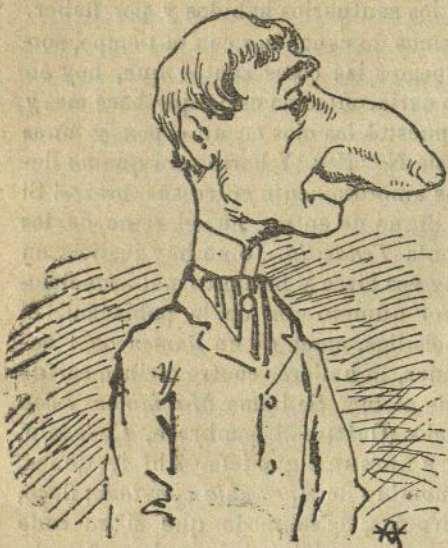
Pero *Mameluco*, ¡oh, *Mameluco* trajo tres relojes, dos de plata y uno de oro! ¡Qué redada!

Los demás socios *negociaron* aquel día cosas insignificantes: *Otel* una figurita de yeso hurtada á un santero, y *Arrambla con todo* una colcha que se desprendió de un balcón, y que él inocentemente se arrolló al cuello á la manera de tapabocas.

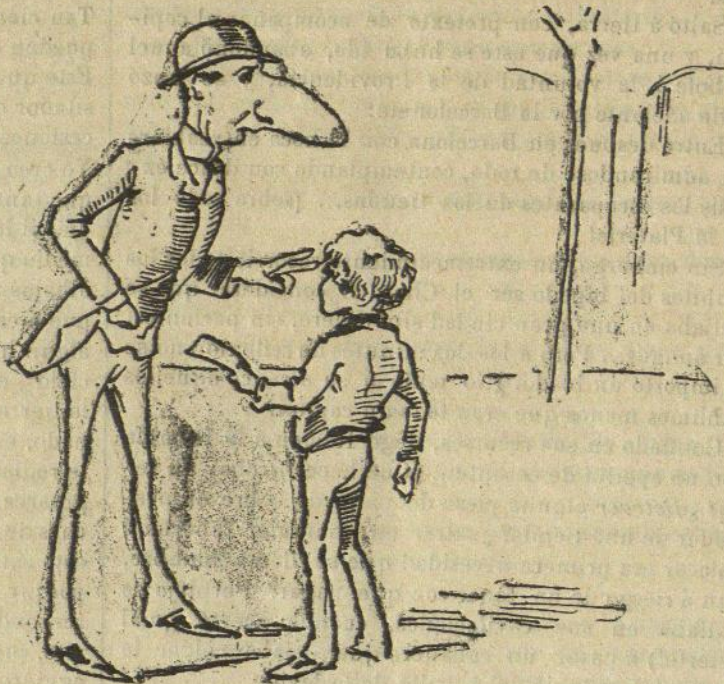
Aquella noche entró definitivamente el *Chato* á formar parte integrante de aquella escogida sociedad.

No vamos ahora á relatar los mil y mil lances que le sucedieron durante los seis meses que estuvo entre aquella gente honrada. Solamente diremos que su carácter empezó á agriarse, efecto de los desengaños que su puro corazón recibía. Tenía diarias peloteras con

DE CÓMO CRECEN LAS NARICES



D. Simeon es dueño de una nariz mas que decente.



El sábado pasado por la noche, al pasar por delante del Liceo, un granuja le ofrece por cinco pesetas un billete. El lo compra.



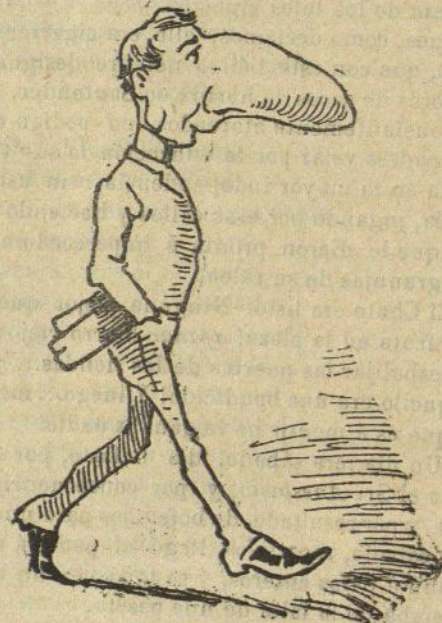
En la Portería.—¿Me han dicho que es preciso traer sombrero de copa alta?
—Eso no reza con los que vienen disfrazados.



Recibe un papirotazo de uno que cree que don Simeon tiene la nariz postiza.



De cuyas resultas se le hinchan un poco.



Pasea por el salón su deformidad.

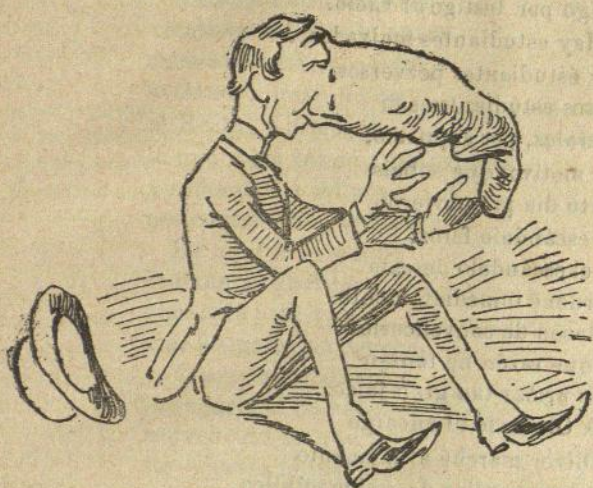


Una mujer celosa que se ha disfrazado, cree que D. Simeon es su esposo que se ha puesto una nariz, y procura arrancársela.



Y tira de ella cuánto puede.

DE CÓMO CRECEN LAS NARICES



Deshecho el error, quédase D. Simeon con tres veces mas nariz de la que tenía y llorando á lágrima viva.



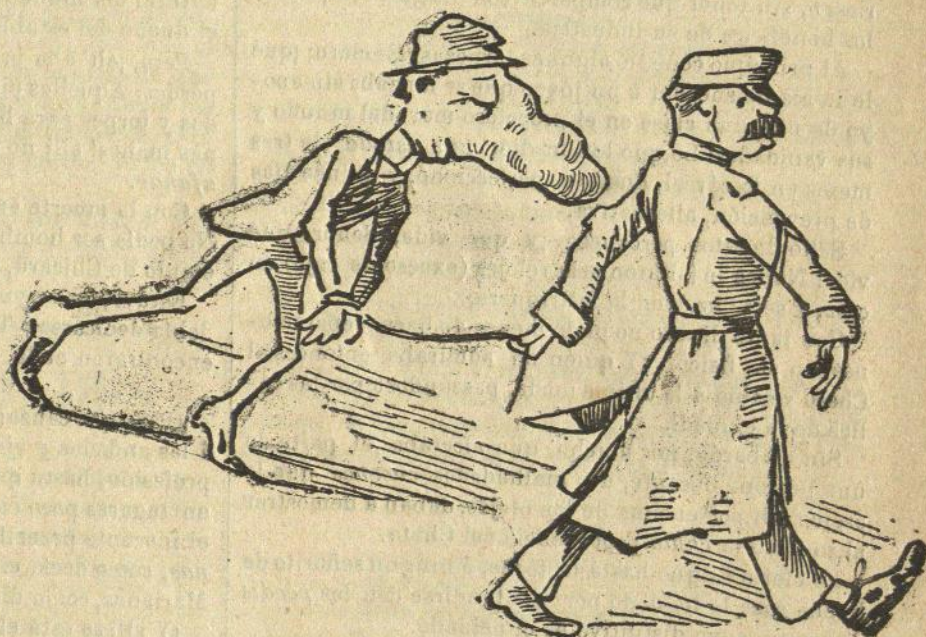
Una pareja que viene bailando le empuja y le hace caer de bruces.



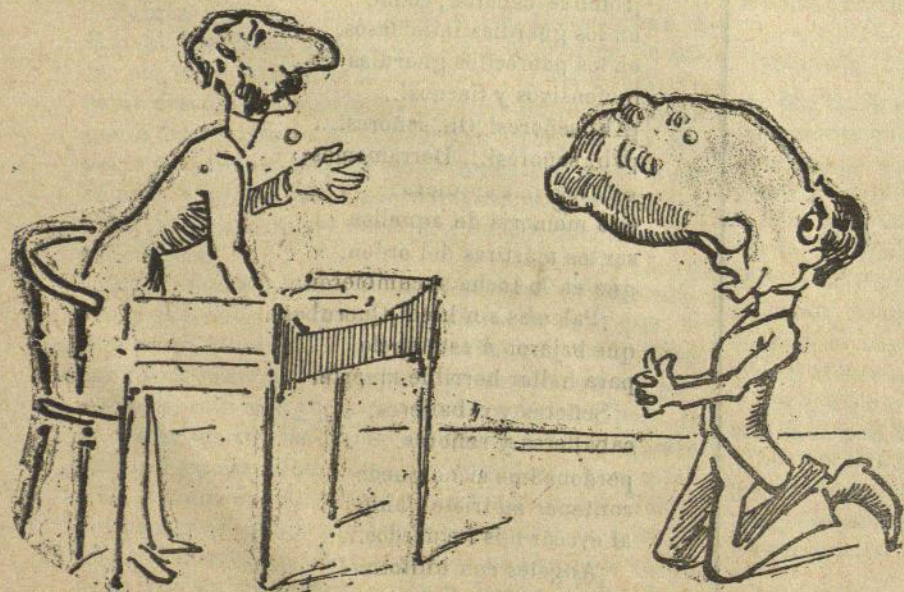
Se dá un fuerte porrazo.



Nuevas parejas caen sobre él.



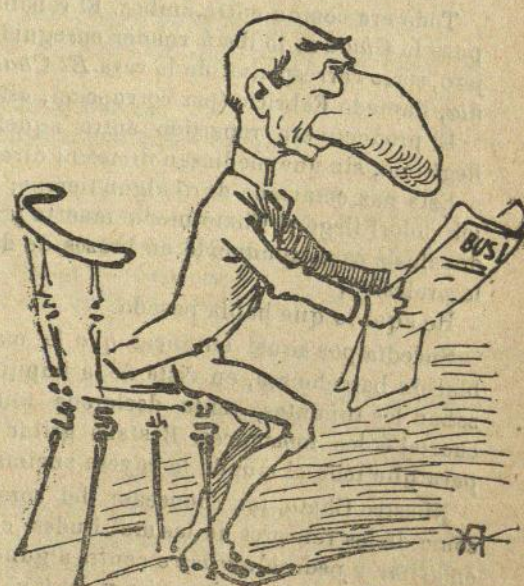
Viene la policía y se lo lleva preso y maniatado.



En el Gobierno civil.
El señor jefe de órden público.—Quítese V. esas narices, que aquí no estamos para bromas.



Convencido el jefe de órden público de que aquella nariz es natural, pone en libertad á D. Simeon que vuelve á casa y ya no puede entrar por la puerta.



Tuvieron que ensanchar la entrada para que pasase y desde entonces no sale D. Simeon de casa. Su único pasatiempo es leer los viernes *El Busilis*.

D. Fernando, cuyo genio orgulloso le era insoportable. Además Baineipin le había hecho una mala acción. Un día que para obsequiar á un forastero que estaba mirando los anuncios de los teatros, el Chato se propuso dejarlo sin reloj, menos listo que otras veces, cometió la imprudencia de hacer cosquillas á aquel honrado caballero, quien, echando la mano sobre la zarpa del Chato, estuvo á punto de causarle el gran disgusto. Dichosamente estaba cerca Baineipin, y el Chato, con suma destreza, le hizo correr el reloj.

El forastero gritó, amotinó á los paseantes y acudieron guardias municipales. Nuestro héroe, haciéndose el bobo, logró probar que aquel caballero debía estar loco; y como no le hallaron encima el cuerpo del delito, fué puesto en libertad despues de una corta visita á la prevención.

Cuando el Chato salió de ella, fuese corriendo á buscar á Baineipin, quien no estuvo visible en todo el día para su amigo. A la mañana siguiente, consiguió echarle la vista encima, y al preguntarle por el reloj Baineipin se hizo de nuevas, y le dijo que no había llegado á sus manos... porque era incapaz... y además tratándose de amigos... en fin, que no sabía de lo que se le hablaba. Hay que confesar que lo que hizo Baineipin en aquellas circunstancias está muy mal hecho.

Esta vil acción echó por tierra las ideas que respecto á la amistad había concebido el Chato.

Desde entonces ya no creyó en nada; se volvió escéptico, y una sonrisa sarcástica contractaba amenudo su boca.

Por más que hizo *Arrambla-con-todo* para retenerle en su interesante é instructiva compañía, no lo consiguió. ¡Y el Chato abandonó aquellos lares donde por un momento pensó en ser feliz! ¡Ah! sí, feliz!

Pero él, como todos los *desgraciados*, había de probar el cáliz de la amargura antes de convencerse de que la felicidad no existe en ningún mapa.

Ya tenemos al Chato trabajando por su cuenta y riesgo, sin tener que compartir con ningún compañero los beneficios de su industria.

Al principio cometió algunas torpezas. Es claro; ¡qué le había de suceder á un joven que se lanzaba sin apoyo de ninguna clase en el proceloso mar del mundo y sus vanidades! Lo que le sucedió: una *estada* de tres meses en la cárcel, donde se perfeccionó, y quince días de prevención, alternativa.

Salió de estos percances ¡y qué vida, Señor, qué vida! Nunca le faltaron seis relojes (exceso de lujo) en casa, y seis onzas en la faltriguera.

Con tanto dinero no pudo menos de hacer reparaciones en su físico. ¡Y quién no admiraba entonces al Chato vestido á la última moda, paseándose por las calles de la ciudad!

Sin embargo, por mucho que afectaba el porte de una persona decente, dos malhadados *cuernos* que le asomaban por encima de las orejas, daban á demostrar al público la *chula* procedencia del Chato.

Lo cierto es que hasta la fecha, á ningún señorito de buena casa le ha dado por confundirse con los *perdis* de levita, cuyo distintivo es el peinado.

El Chato allegó en sus operaciones, más que como compinche como asociada, á la *Chula*, moza de rompe y rasga, que era por lo demás muy caritativa y no tenía nada suyo.

Los dos vivían en un modesto tercer piso de la calle de Robador (qué calle más en armonía con la profesión de Ramoncito) sin que viniera á turbar la dulce paz del hogar doméstico el más leve disgusto.

Todo era común entre ambos. El robaba un reloj... pues la *Chula* se lo iba á vender enseguida á un relojero, socio corresponsal de la casa *El Chato y Compañía*, llamado Fabricio (por corrupción, «Bricio.»)

El producto era repartido entre aquel matrimonio ilegítimo, sin que mediasen dimes ni diretes.

Esta paz octaviana duró algún tiempo; pero un día ¡oh dolor! llegó el Chato medio muerto y lleno de cardenales á casa, conducido en brazos de dos amigos de la profesión.

Hé aquí lo que había pasado.

Sucedía por aquel entonces que la masa de la población barcelonesa, en vista de la impunidad que gozaban los tunantes, tenía declarada una guerra sin cuartel á los *tomadores*. Bastaba gritar al «ladron» para que todo el mundo le cayese encima al ratero.

Nuestro Chato, tan conocedor del corazón humano como de los rencores de las multitudes, era el primero en gritar y pedir el *arrastre* contra alguno de sus colegas cuando caían en el garlito y venían, por su torpeza, á deshonorar la benemérita clase á que el Chato se gloriaba pertenecer. Un día en que el pueblo indignado perseguía á Baineipin (antiguo amigo de nuestro héroe) que se había apropiado, para dormir sin duda con más comodidad, los almohadones de un coche

simón, el Chato era uno de los que más se encarnizaban contra su antiguo colega. Los municipales, dudando de poder salvar al culpable de la indignación popular, lo hicieron entrar en una tienda. Pero la gente invadió el local y el Chato estaba entre aquella gente! En lugar, pues, de perseguir á su ex-compañero, aprovechó del tumulto para acercarse al cajón y robar cuanto en él había.

Pero ¡oh decepción! había sido *guiñado* por un *aficionado* de la clase, quien lo denunció al público y al tendero. Entonces llovieron tantos golpes sobre el Chato como sobre Baineipin; de modo que no tuvieron nada que envidiarse.

A favor del tumulto, y ayudado de amigos caritativos, logró nuestro hombre escapar de aquel cataclismo personal.

De esta manera, casi muerto, transido de dolor y acardenalado, fué presentado á la *Chula*.

Esta lloró, se desesperó, y hasta maldijo de aquel lucrativo y perjudicial oficio.

Quince días de cama, y las visitas de un albeitar que en los ratos de ocio se dedicaba á *encontrar* caballerías, curaron á nuestro personaje de los palos que había llevado.

Pero ¡ay! que estos habían modificado mucho su modo de pensar respecto á la propiedad.

Al volver, despues de curado, á la calle, sus extraviados ojos veían bastones enarbolados por todas partes; y no hubiera vuelto él á robar otro reloj por todo el oro del mundo.

Así es que resolvió ser hombre de bien, y ganarse honradamente la vida.

La primera carrera que se presentó á su imaginación fué la de *can-canista*. Estos desgraciados ganaban en *Mabille*, *La Canuda* y *Talia* diez reales cada noche y la cena. ¡Pero qué serie de piruetas, contorsiones y gotas de sudor venía á significar aquel medio duro con *beefsteak* y con patatas!

El Chato era uno de los *habitués* de aquellos lugares, y aunque nunca había bailado, creía la cosa más natural del mundo salir airoso del *can-can*. Se vió con el dueño del establecimiento y se ajustó.

Pero, ¡ah! á la primera contradanza lo echó todo á perder. Aquellos piés tan lijeros para correr, eran tardos y torpes para bailar. Y las manos, ¡aquellas divinas manos! allí no le servían de nada; no se trataba de *afanar*.

Con la muerte en el alma volvió Ramón á sus lares. No podía ser hombre de bien, no pudiendo ser un émulo de Chicard, porque él no tenía carrera.

Estuvo, con ayuda de la *Chula*, discuriendo á qué debía dedicarse. Toda la noche la pasaron así, y no encontraron nada.

¿Para qué cansar á nuestros lectores? El Chato volvió á las andadas y ejerció durante dos años su honrada profesión, hasta que en una redada que hizo la policía en lugares poco católicos, nuestro tomador cayó como el inocente pececillo. Fué embarcado para las *Mirianas*, como decía el agente que lo *mandió*, ó para las Marianas, como dicen las personas.

¡Y allí se está el Chato aguardando de un día á otro una amnistía que le vuelva á la madre patria; y no la aguarda en vano, porque lo que dice: ¡él nunca se ha metido en política...!

DISCURSO PARLAMENTARIO

Resúmen de lo que dijo Villaverde en el Congreso en dos tardes diferentes y un solo error verdadero; conjunto de tonterías, descaro y atrevimiento: eficaz receta para hacer de lo blanco, negro.

Caballeros y señoras, señoras y caballeros; lo que yo voy á decir es tan exacto, es tan cierto, que podeis haceros cuenta de que oís el *Evangelio* al escuchar mis palabras.... ¿Eh? ¡Si seré yo modesto!

Caballeros y señoras: yo soy un hombre muy sério, muy tratable, muy formal, muy compasivo, muy recto, y el que diga lo contrario es un solemne embustero.

Caballeros y señoras:

enemigos del gobierno y de las instituciones, han relatado sucesos que jamás han ocurrido; papeles liberalescos, papeles calumniadores, han inventado atropellos y víctimas inocentes.... ¡Señoras y caballeros!... ¡esto es atroz, es indigno, es infame!... ¡Yo protesto en nombre de la verdad!...

Voy á relatar los hechos y de todo cuanto diga pongo por testigo al Cielo.

Hay estudiantes malvados, hay estudiantes perversos, y esos estudiantes son liberales, por supuesto; por motivos que sabeis cierto día promovieron un escándalo feroz; yo el escándalo detesto y ordené inmediatamente tratasen de convencerlos de que razón no tenían para armar tan gran jaleo.

A Oliver le di encargo y Oliver marchó al momento con los guardias de orden público, para cumplir mis deseos.

Oliver que es generoso, compró al punto caramelos, pasteles, dulces, cigarros, manzanilla, Jerez seco, y buscó á los estudiantes y los convidó á un refresco....

¿Han visto ustedes señores en su vida hombre más bueno?

¡Qué corazón tan magnánimo! ¡Oh, qué nobles sentimientos! ¡Oh, qué bondad!... Pues bien, ¿qué diran ustedes que hicieron los estudiantes malvados en pago de tal obsequio?

Al pensarlo me horrorizo...

¡se me erizan los cabellos! ¡el llanto acude á mis ojos! ¡el dolor me oprime el pecho!...

¿Querran ustedes creer que los ingratos hicieron armas contra el hombre digno y cariñoso y benévolo y contra los pobres guardias que en su compañía fueron? ¡Esto es atroz, es horrible, señoras y caballeros!...

Desde la Universidad, donde al punto se metieron, los malvados estudiantes empezaron á hacer fuego...

Fuego graneado, sí, porque estaban los perversos armados de carabinas, de trabucos naranjeros, de pistolas, de cañones, y de sables... ¡Santo Cielo!

¡cómo se cebaron, cómo, en los guardias indefensos, en los pobrecitos guardias inofensivos y tiernos!...

¡Ah, señores! ¡Oh, señores!... ¡Uh, señores!... Derramemos una lágrima siquiera á la memoria de aquellos

santos mártires del orden, que en la lucha sucumbieron...

¡Palomas sin hiél! ¡Querubes que bajaron á este suelo para hallar horrible muerte!

Señoras y caballeros, perdonadme si no puedo contener mi triste llanto al evocar mis recuerdos...

¡Ángeles con uniforme! ¡Que Dios los tenga en su seno!...

(Todos los ujieres recojen con esponjas el llanto que brota á chorros de los ojos de Villaverde.)

¿Quereis que diga sus nombres? ¡Imposible complacerlos!

Es tan extensa la lista de los heridos y muertos, que en leerla, tardaría cinco ó seis meses lo ménos.

Caballeros y señoras, señoras y caballeros, lo que acabo de decir es la verdad; yo no miento. Si el bondadoso Oliver se atrevió á entrar en el templo de la ciencia, fué por que no encontraba otro remedio... Era el motin formidable... era preciso vencerlo, destruirlo, aniquilarlo, castigar á los perversos...

Antes de entrar envié veinticinco mil quinientos ochenta y cinco recados, avisando, previniendo al Rector y profesores, lo que iba á hacer... ¡Caballeros y señoras! La callada por contestacion le dieron...

Hé aquí lo sucedido, señoras y caballeros; algo más podría decir mas fatigarlos no quiero.

Tengo la seguridad, la seguridad de haberos convencido de que yo soy hombre formal y sério y de que son mis palabras verdades del *Evangelio*, y de que todos los que no piensan lo que yo pienso son unos calumniadores y son unos embusteros.

Por la copia,
JUAN CUALQUIERA.

CARTA DE PARÍS. (1)

PARÍS 2 FEBRERO 1885.—El telégrafo nos ha traído dos noticias sobre los dinamiteros, que son *borgueses*, no *borcegues* como alguno, contra mi opinion, se había figurado. El diputado por Chicago, Finerty, á quien tuve el honor de conocer en una cervecería de Londres en tiempo de Jorge IV, ha tenido un fuerte altercado en Nueva-York con Mister Cokpt, propósito de las últimas explosiones de la capital del Reino Unido. Decía el primero que esas explosiones se debían á la materia radiante, pero el segundo con acuerdo más superfino se las achacaba al clero. De esto resultó un conflicto entre ambos diputados, sin ulteriores consecuencias afortunadamente. ¿Qué hubiera sido de Chicago, sin su representante? ¿Y en qué hubiera parado la familia de Mister Cokpt si á este interesante miembro de ella le hubieran estropeado un miembro de él? No queramos pensar en ello.

El mismo telegrama nos dice que Most—no Mosto—ha tenido una entrevista con varios anarquistas de infimo género. En ella se trató de volar todos los establecimientos de crédito conocidos hasta el día. Hubo igualdad de pareceres; pero yo me permitiré aconsejar á los anarquistas que tomen—si tienen para pagarlo—caldo por la mañana. No hay nada más sustancioso que el jugo de las aves de corral para calmar los más feroces apetitos.

Sabrán Vds. que han muerto los *dinamitantes* á Rumpil ¡escelente sugeto! que tenía el encargo de velar por los intereses de la sociedad... la Salvadora. No se ha descubierto el criminal, porque entre esta pobre gente dinamitera reina el caos más espantoso. Ya les decía yo que tomasen las cosas con calma, que eso no es nada y que se deben guardar para mejor ocasión. Ellos me han llamado *Chifao*, y se han quedado tan satisfechos.

Ayer escribí á Bismark manifestándole lo poco contento que estoy de él. No ha hecho nada de lo que le dije en mi última. Yo le aconsejaba que transigiese con los ultramontanos y al mismo tiempo con los socialistas, cosa que yo encuentro muy natural; pero él se me ha ido por los cerros de Ubeda. Ahora quiere quitar á los castellanos las islas Filipinas, que, como Vds. sabrán, se encuentran en la América del Norte, sin pensar el infeliz que puede desarrollar su política hácia el estrecho de Bering, donde há tiempo le tengo augurado un magnífico resultado. Pero estos hombres fátnos siempre son así: no quieren guiarse por el que

(1) Por una de esas cosas naturales en correos, esta carta que debía ir á *El Diluvio* ha venido á *EL BUSILIS*.

sabe más que ellos. Gracias á que Guillermo, Guillermo, á quien conocí en Mabilie hace algunos años, se inclina á la política que yo he marcado al Imperio Aleman, que si no.... Ayer recibí una carta del príncipe heredero en la que me pide un mechón de mis cabellos. ¡Esta familia reinante siempre me ha distinguido con su afecto!

Del Egipto, poco tengo que decir á mis lectores. El general Wolsley, apesar de mis instrucciones, se ha empeñado en ir al Tonkin, mientras un distinguido italiano, tambien amigo mio, il signor La Riviere se hacía matar en Kartum con objeto de favorecer á los inundados de Murcia. Gordon me ha enviado su fotografía la semana pasada. Por cierto que le hallé algo desmejorado. Es verdad que el día en que se retrató estaba de purga. Le he enviado á decir que remonte las cataratas del Nilo y les ponga medias suelas y tacones. Su empresa es arriesgada porque siendo vecino de Adeldáder es muy fácil que desaparezca el Nilo, las cataratas, Gordon, Wolsley, Mister Glasvtonne y su mamá. Y apropósito de Mister Glasvtonne. Su política contra los fenianos (*les feneants*) de Holanda, no me parece la más propia para sacar adelante los intereses de María Teresa, reina de Ungría. Eso no es gobernar. Si él hubiese leído mi obra *Abnegación* hubiera sabido lo que era un biffstek sin carne y con muchas patatas. Lo que debe hacer ese notable poeta—pues demasiado se sabe que el jefe del gabinete inglés escribió los célebres viajes de Gilda y Aroldo—es seguir mis consejos. Estese quieto, coma bien, duerma bastante y suscribase á *El Diluvio*, uno de nuestros primeros periódicos.

Días pasados en Charenton, en la casa de orates tuve el disgusto de hablar con Ferry, que vino de visita. Le canté las verdades del barquero, le dije que su política no me gustaba, que no era como yo hombre de estado. El se sonrió; Si estos posibilistas son muy desvergonzados! Se parecen á los españoles. Ahí está *EL BUSILIS* que siempre me está dando cobas. Gracias á que la naturaleza me ha dotado de un eminente espíritu chifístico, y con él me burlo de todo. La política francesa camina hacia su ruina. Hallándome la otra noche en uno de los salones más elegantes de París, sirviendo como camarero, tuve el honor de decirselo al cocinero de Monsieur Grevy. Tambien al mozo que le apunta las carambolas le avisé de que estaba el país sobre un balcón, digo volcan. Nadie me hace caso á no ser media docena de barceloneses, pero ya se verán cumplidas mis profecías, porque yo leo en el porvenir y tengo mucho talento.

Con esto y con que V. recomiende mis obras al público, quedo de V., apreciable señor director, afmo. S. S. Q. B. S. M.—L. CARRERAS.

MONSTRUOSIDADES

En el Salon-Parés:

Campany.—Un paisaje que figura una línea férrea en el momento de pasar el tren. Tiene impresión de verdad. Como á factura es algo inocente, y algunos trozos como en el primer término, están poco estudiados.

Marqués.—Un retrato. Es sin disputa lo mejor que hemos visto suyo: la cabeza es muy buena, hay luz y está bastante entendida y bien pintado; la mano ya decae; las ropas no están muy acusadas y en eso ha tenido acierto, pues hace resaltar mejor la cabeza que es lo que se debe ver. El retratado es mi simpático amigo D. Aquilino.

Tambien hemos visto en el salon unas acuarelas negras de color y bastante flojitas. Ignoramos el nombre del culpable.

Remitido:—Barcelona 3 Febrero 1885.—Sr. Director de *EL BUSILIS*.—Muy distinguido señor: Sé perfectamente que V. sabe mucho; pero ignoro que sepa el novísimo sistema, inaugurado el sábado último, de pagar el inquilinato.

Con una puñalada me ofrecieron pagarme el trimestre de alquiler de una casa-torre que poséo en San Martín de Provensals. Como el Recaudador de Contribuciones no sé si admitirá tal moneda, aplazo para cuando me haya contestado la consulta que hoy le dirije su atento s. s. q. b. s. m.—*Diego Serra*.

Apreciable señor Serra: yo no sé la mitad de la mitad de lo que V. se figura.

La consulta que hace la resolveria yo de este modo: pondría frente á frente el Recaudador de Contribuciones y ese pacífico y sensible inquilino... y que allá se las compusiesen.

Al señor obispo y al P. Vergés les consta, segun un remitido que tengo á la vista, que hay una sociedad secreta que tiene por objeto *inventar calumnias* contra el clero y las monjas.

¡Vaya una manera de perder el tiempo que tendria esa sociedad!

Con relatar sencillamente los hechos....

En algunas casas de Barcelona se lee este letrero:

No se permite blasfemar.

Con mucha gracia dice *El Motín* que en las casas de las personas decentes no hay necesidad de poner semejante advertencia, pues los concurrentes son por lo general gente bien educada.

Parece que no fué nada lo de la monja enterrada.

Pero en cambio fué verdad lo de *La Publicidad*.

Se va á poner en escena *La Relliscada de Riera y Bertran*.

Relliscará.

Godo va á traducir *Denise*.

¡Honor á los valientes!

Ahora solo falta que demos una grita á Dumas por causa de Godo.

La bolsa sube.

¡Es claro! el *cuarto estado*, los pobres puntos, han creído al pié de la letra que los prusianos compran nuestros fondos.

Ya vendrá el batacazo.

Yo aconsejaría á todo el mundo que se cubriera.

Me han dicho que aquellos altos personajes que aprovecharon la subida del Monstruo para ganar cuatro enteros, van á dar de un momento á otro la orden de *lachez tout*.

¡Ojo y oreja, que amarran!

Unos versos de un colega:

«Pidió con voz temblorosa una limosna, arrancando ¡compasión! y tu mano siempre hermosa le dió un óbolo, y él orando se ausentó.»

Una de dos: ó ha querido decir *óbolo* y no lo ha dicho, ó ese *óbolo* lo debió escribir con *o*.

¡Valiente errata! Ahora me puede usted sacar las que se me escapen en este número.

Y apropósito: los versos son malitos.

D. Aquilino Herce está en Portugal.

En carácter.

Nota.—Me había propuesto, por lo mismo que está ausente, no decir una palabra respecto á D. Aquilino; pero no he podido resistir á la tentación de eso de Portugal. Me gusta el suelto, y ustedes perdonen.

Soy amigo de Pitarra y aún no he visto el *Sota-terra*. Mas no haga caso, lector; todo ha sido por pereza.

Ahora, D. Federico, no me vaya usted á enviar una localidad, creyendo que este es un medio indirecto de pedírsela.

A Dios gracias, he llegado á reñir con las empresas teatrales y casi todas me han retirado la butaca, porque no las aplaudía.

Lo cual que me han hecho un favor, porque así estoy más suelto.

—¿En qué paró aquello de la monja?

—Pues... en el punto en que paran esa clase de asuntos.

—No le entiendo á usted.

—Y no quieras entenderme, criatura.

Leo en un periódico:

«La fonda de Casa Pioch de Gracia, se traspasa por retirarse su dueño del negocio.»

¿Se traspasa con qué? ¿con un puñal?

El obispo de Jaca ha llegado á Madrid para gestionar algo concerniente á sus diocesanos.

A los jacos.

Tres apreciables conservadores han aparecido en las provincias de Andalucía: el Melgares, Pepe el portugués y el Bizco de Borjes.

Este es el mejor síntoma de que los conservadores se van.

Porque dejan siempre esta herencia á los partidos liberales.

No sé quién habrá inventado el sistema de enrollar y pegar con goma las papeletas de las tómbolas, pero merecía un castigo.

¡Si vieran Vds. qué interesantes estaban en la de la prensa el otro día D. Procopio, su esposa, sus tres hijas casaderas, sus cuatro chiquitines y los novios de las niñas pasando sus doce lenguas sobre otras tantas papeletas, continuamente! Es fama que al llegar á casa llevaban la lengua pegada al paladar.

Por el camino no pudieron despegar los labios.

Uno de los novios ha recogido de sus labios toda la goma que le sobró y piensa con ello abrir una tienda.

A ver por lo tanto si otra vez se discurre otro medio menos súcio y pingoso de arreglar las papeletas.

Tenemos á la vista la última novela del perinculto Carreras. ¡Un modelo! como él la llama modestamente.

Nos proponíamos dedicarla unos artículos para sacarla todo el jugo que tiene, que es mucho; pero una duda nos ha asaltado: ¿sucederá con esta obra como con el *Código O.* que nadie conocía hasta que á fuerza de guasa lo dimos á conocer nosotros y se agotaron tres ediciones en mes y medio?

Por si pudiera suceder lo mismo, nos abstenemos. No queremos hacer ningún favor á tan ridículo mamarracho.

La *Vida Alegre* va convirtiéndose en una verdadera *Ilustración* de grabados agradables y entretenidos. El número 5 que acaba de publicarse contiene entre otros dibujos una preciosa lámina en la que aparecen cuatro muchachos ideando una diablura que es una maravilla de expresión, la entrada en el gran mundo de un fabricante de bujías, doce viñetas chistosísimas y otra porción de asuntos hasta treinta y tantos no menos divertidos.—El texto es de Palacio, Nombela, Taboada y otros autores no menos estimados.

Compren Vds. el tercer tomo de la Biblioteca del Libre Pensamiento, escrito por Demófilo, redactor de *Las Dominicales*.

Cuesta seis reales y los vale.

Ya no existen, señores
en los estancos
hoy día, cajetillas
de doce cuartos.
Y es que el gobierno
nos dice: ¿quereis humo?
Fumad el dedo.

Con esto, el contrabando
va viento en popa;
que en ello toman parte
los de la colla.
¡Anda salada!
Si no escandalizamos
poco le falta.

De *La Avispa*, de Madrid:
«Entre los sujetos condecorados últimamente, figura un caballero que se llama *Rataflutis*.
» ¡Vamos! ¡Ese apellido bien merece una cruz!
» ¡*Rataflutis condecoratis! O Dió!*
Mi amigo *Rataflutis* debe estar orgulloso.
¡Hasta en la Corte se ocupan de él!

De *La Dinastía*:
«El Sr. Sagasta se ha retirado del Salón de sesiones.
» ¿Que le habrán dicho?
Pues nada; desvergüenzas, como acostumbran ustedes.

«Según leemos en el *Figaro*, de París, se ha fundado en Brema una sociedad con el exclusivo objeto de impedir á los espectadores que lleguen tarde al teatro, á fin de que el ruido que causan al entrar no distraigan la atención y recogimiento del público.»
Qué bien vendría una sociedad así en Barcelona.
Esos imbéciles sietemesinos que tanto taconean al entrar, después de levantado el telón, á ocupar su butaca, merecería una agrupación de defensa contra ellos.

En contraposición de la sociedad protectora de animales y plantas.

Es fácil que el coronel Oliver visite el *Abanico* de Madrid.

Y allí se podrá dar aires.

No aires de matón como cuando zurraba á los estudiantes, sino aires colados.

ANUNCIOS.

ARMAS, ARMAS, ARMAS!

COSTAS

Calle del Conde del Asalto, 9

El que sea cazador
y en armas un poco entienda,
para comprar lo mejor
ha de venir á esta tienda.

A LOS PACIENTES

Los que sufran de consumos, impuestos de sal, papel sellado y otras gabelas, pueden presentarse en casa del doctor R. E. Publicano que da consultas gratis y cura toda clase de enfermedades conservadoras.
Calle de la Libertad, antes Fernando.

CURA

El del convento de las... ofrece sus servicios á las jóvenes educandas, y promete explicarlas las tentaciones de San Antonio de un modo práctico en tres lecciones. No ejercerá sino durante nueve meses.

CALDO CIBILS INSTANTÁNEO

SRES. SOLO, VILARRASA Y C.^ª

Princesa, núm. 53, 1.^º

Es de este caldo la ley
ser arreglado en un jay!
de buenas carnes de buey
criado en el Uruguay.
Y sin bombos superfinos
lo venden todos los días
en tiendas de *Ultramarinos*,
Farmacias y *Droguerías*.

GRAN SURTIDO DE OBLEAS

En los ayuntamientos de varios pueblos rurales se hallan maestros de escuela transparentes, que no han cobrado en cinco ó seis meses.

TRAJES DE MÁSCARA. Doña Cristina Martas, señora de una mediana edad, alquila ó vende todos los que ella ha usado en este mundo. Tienen muchos remiendos de diferentes colores.

CHOCOLATE OSTEÓGENO

GRAN FABRICA

DE LOS SRES. HIJOS DE OLEGARIO JUNCOSA

Fernando VII, núm. 40.—BARCELONA

Sucursal: Paseo de Gracia, 60

Este rico chocolate lo recomienda la ciencia, pues tiene cien condiciones para una persona enferma. Los niños escrofulosos ó que padecen anemia, tomándolo, ya se ponen frescos como una cereza. ¡Pues no digo las señoras que embarazadas se encuentran! no tienen mejor remedio para pasar las molestias. Con que á comprar chocolate y á tomarse taza y media.

¿ES VERDAD U NO ES VERDAD?

Segunda parte de

La monja enterrada en vida

Se reparte por intrigas.

PERFUMERIA.

Las floristas, vulgo *bacallaneras*, de la Rambla de las Flores, ofrecen gratis sus delicados perfumes á los transeúntes.

DINERO Un caballero de este nombre se ha extraviado hace mucho tiempo. La persona que haya dado con él se servirá presentarlo al Banco Ibérico ó al Crédito Español donde se le darán... los buenos días y además algunas butifarras.

PANACEA PARA LOS NIÑOS

En la Diputación provincial y otras oficinas públicas.

Se advierte que los niños han de ser conservadores.

A LA VITA BONA

Zamora y Caballero. Privilegio de invención.

PLATA MENESES.

—¿Qué plata MeneSES ni qué ocho cuartos? aquello es plata, verdadera plata, ó al menos lo parece.

—¿De veras?

—Si V. viera el surtido de cuchillos, cucharones, palas para pescado, trinchantes, vinagreras y todo lo concerniente al servicio de mesa que tiene, se espantaría V.

—¿Quiénes son y dónde están?

HIJOS DE LEONCIO MENESES

Fernando VII, 19

MUESTRAS PARA LAS TIENDAS

¡AL GRAN BUQUE ACORAZADO!

Hay objetos de marina;
planchas y cien cabos sueltos.
¡Cinco mil libras de prima!

Que lean los ciudadanos,
si saben, este letrado:
SITIO PARA UN MATADERO,
con nave para marranos.

Para las almas hambrientas
que ya no pueden vivir:
GRAN TIENDA DE COMESTIBLES
en el Gobierno civil.

CARETAS. Los señores Cánovas, Moyano y Elduayen se han brindado graciosamente á servir de moldes, á fin de que este Carnaval haya algo de notable en el ramo de caretas.

Galletas Osteógenas VIÑAS Y COMPAÑIA

CALLE DE AVIÑO, 16

Me han dicho y asegurado
que son una panacea,
y además de las mejores,
las osteógenas galletas.
Curan la *tuberculosis*,
la *clorosis* y la *anemia*,
y dan leche á las nodrizas,
pero leche retribuida;
que tienen *ácido láctico*
y *carbonato* y en ellas
hallarás *fluoruro cálcico*
y *fosfato* si te empeñas.
Para las embarazadas
los médicos las recetan,
y en fin, —y concluyo ya—
á más de las cosas esas
para que sirven, hay otra
que vale por todas ellas,
y es, apreciables lectores,
la esencial: para comerlas.

ÚLTIMA HORA.

Nos telegrafian de Madrid que ha sido nombrado gobernador de Barcelona D. Manuel Tello Almuercabien.

¡¡¡Se nos va á merendar!!!

Imprenta de Redondo y Xumetra, calle de Tallers, 52-53.